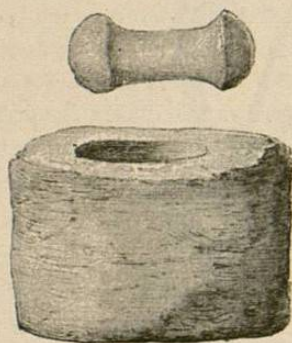


morteros para moler el maíz y las labradas hachas de piedra, las mazas y los adornos de las canoas y hamacas, eran obra de los hombres, que empleaban también sus ratos de ocio en domesticar papagayos.

Después de permanecer bastantes días en las islas Caribes levaron anclas los españoles el 20 de abril; pero como se habían metido ya en la región de los monzones, tuvieron que continuar en dirección contraria, lo que dificultaba mucho la travesía, retrasándola de tal modo que á principios de junio estuvieron en peligro de perecer de hambre, de manera que ya estaban seriamente decididos los españoles á degollar á los indios que se hallaban á bordo para comérselos. Felizmente el día 10 del mismo mes vieron, con gran alegría de todos, las costas de España, anclando, al cabo de tres meses de navegación, en la espaciosa bahía de Cádiz.



Mortero de piedra de los caribes de Guadalupe

TERCER VIAJE DE COLÓN

Por segunda vez recorrió Colón en triunfo España hasta llegar á la Corte, seguido de un número de indios que con la riqueza de sus adornos de oro iban pregonando la gran cantidad que atesoraban los países de que procedían. La Corte tributó á Colón la más cordial acogida, y no sólo no se hizo mención de las acusaciones de sus enemigos, sino que se le concedieron nuevos honores, aprobando sus proyectos referentes á la colonia y á los preparativos de una nueva expedición, puesto que el almirante ofrecía en lontananza grandes riquezas con la explotación de las minas de Cibao y de las descubiertas en Haití, al Mediodía de la Española, pocos días antes de su partida.

Mas tenía que transcurrir aún bastante tiempo antes de que se llevase á efecto la proyectada expedición, pues otros sucesos referentes á los Reyes relegaban á segundo término los proyectos del Almirante. Una vez los intrincados asuntos con Francia, y otra los preparativos para las futuras bodas del príncipe heredero Don Juan y de la infanta Doña Juana con las respectivas hijas del emperador de Austria, eran los que no tan sólo ocupaban toda la atención de los reyes, sino que absorbían también todos los medios disponibles.

Otras grandes dificultades oponíanse también á la realización del proyecto del almirante, tales como el no hallar suficiente número de tripulantes para los barcos, ni tampoco gente bastante para el establecimiento de nuevas colonias y explotación de las minas. Los descontentos que regresaron con Margarite y también con Colón habían hecho todo lo posible por desprestigiar á éste, propalando muchas mentiras sobre aquellas tierras; así es que nadie quería ir voluntariamente á la Española, donde en vez de los soñados montes de oro esperaban á los emigrantes sólo enfermedades, penas y trabajos.

En este apuro recurrieron al peor de todos los medios, como era el de utilizar á los penados para la colonización de la isla, los cuales cumplirían su condena estando más ó menos tiempo en la Española, según la pena que se les hubiera impuesto.

Por este medio, puesto también más tarde en práctica por otras na-

ciones, eran pobladas para su daño las colonias con hordas de rudos y endurecidos criminales enemigos del orden, con lo que sólo conseguían empeorar los ya desarreglados asuntos de éstas.

Respecto á la administración de los asuntos de la colonia cometieron también un gran error nombrando director de los llamados Oficios de la India al obispo Fonseca, hombre de ánimo tan apocado que, en vez de secundar los planes del almirante, no hacía otra cosa que crearle obstáculos, convirtiéndose bien pronto en un decidido enemigo suyo.

Así fué que, sólo después de haber esperado inútilmente cerca de dos años, pudo al fin Colón abandonar la rada de Sanlúcar de Barrameda el día 30 de mayo del año de 1498, con seis barcos, para emprender su tercer viaje, de cuyo curso nos da noticias una carta escrita por el mismo Colón á los reyes de España.

Según ella, dirigióse Colón en primer término á las Islas Canarias para escapar á la persecución de una escuadra francesa que apresaba todos los barcos españoles, y desde allí envió tres carabelas cargadas de provisiones directamente á la Española, navegando él con los otros tres barcos restantes, primero á Cabo Verde, desde donde tomó rumbo más hacia Sudoeste para ver la parte de verdad que había en algunos confusos relatos de los habitantes de Cuba y Jamaica referentes á un gran continente situado al Mediodía de sus países.

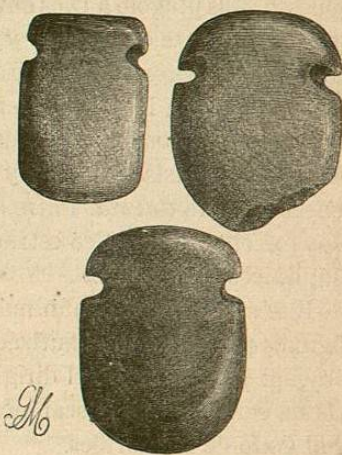
Después de haber experimentado los horrores de una completa calma que les hizo detenerse ocho días enteros en medio del Océano, durante los cuales reinó un calor tan sofocante y excesivo que nadie se atrevía á subir sobre cubierta para vigilar las provisiones, llegaron al fin, después de diecisiete días más, á una gran isla, en cuyo interior se elevaban tres picachos característicamente formados uno junto á otro. Colón dió á esta isla, que era la más meridional de las Antillas, el nombre de La Trinidad que aún conserva. Navegando á lo largo de la costa sorprendióles aún más agradablemente el ameno aspecto de ésta por haber creído que tan cerca del Ecuador se hallarían sólo paisajes áridos, completamente desprovistos de vegetación. Contradiendo esta versión, veían por todas partes hermosas campiñas, hallando también algunas viviendas de indígenas ocultas entre el follaje.

Cerca del extremo Occidental echaron anclas é hicieron provisión de leña y agua. Colón permitió á la tripulación bajar á tierra para resarcirse de las fatigas del viaje. Desde aquel punto se divisaba á lo lejos, hacia el Sur, un país llano que parecía una estrecha tira de unas 20 leguas de extensión, recortada por el horizonte. Admitiendo que este terreno perteneciera á su vez á una isla, dióle Colón el nombre de la Isla Santa, no sospechando hallarse tan cerca de la tierra firme que iba

buscando, es decir, del Continente Sudamericano. Cuando al siguiente día 2 de agosto prosiguieron la travesía hacia el cabo Sudoeste de la isla Trinidad, hallaron una gran canoa, cuyos tripulantes, que eran 24 indios jóvenes, armados de arcos y flechas, habían liado alrededor de su cabeza y caderas vistosos pañuelos de algodón. Todos cuantos medios emplearon para hacerles subir á las barcas fueron inútiles, pues no se dejaron seducir por los brillantes objetos que les enseñaban, y unas veces aproximándose, y alejándose otras, contemplaban llenos de miedo y asombro aquellas grandes y desconocidas embarcaciones. Mas cuando Colón mandó traer un tambor y ordenó á algunos de sus jóvenes tripulantes que bailasen al son de éste, los indios, creyendo equivocadamente que los españoles ejecutaban una danza guerrera, echaron mano de sus arcos y flechas en actitud de acometer, pero algunos disparos de fusilería los dispersaron al instante.

Si el aspecto frondoso de la isla causó sorpresa á los españoles, no fué ésta menor á la vista de estos indios que, al contrario de lo que se creía en aquella época de que, cuanto más cerca del Ecuador el hombre, más obscuro era el color de su piel, tenían el cutis casi más claro que los indígenas de Cuba y Haití, que vivían á 8 ó 10 grados de latitud más al Norte.

A consecuencia de haberse internado demasiado se hallaron los barcos en medio de aquel canal que en forma de embudo se extiende hacia Occidente, formado por las costas de Trinidad y Orinocodeltas, que se van aproximando cada vez más una á otra. En este canal, al que dió Colón el nombre de Boca de Sierpe, las colosales masas de agua que vierte en él el Orinoco se ven comprimidas por la poderosa fuerza del torrente ecuatorial que baña la costa, y obligadas á buscar salida por el angosto estrecho que separa á Trinidad del Continente. «Filas de torrentes, dice Colón, cruzan este estrecho produciendo el mismo ruido que el rugir de las olas al estrellarse contra una roca. Y todas las aguas van de Oriente á Occidente con la misma fuerza que el Guadalquivir en tiempo de avenida. Temí no poder retroceder á causa del torrente, ni avanzar por temor de caer en algún desconocido abismo. Ya había entrado la noche cuando oí un espantoso estruendo que se acercaba desde el Sur á nuestros barcos, viendo de pronto avanzar el mar con horrible rugido formando una in-



Destrales de piedra de los caribes que se conservan en el Museo Británico

mensa montaña tan alta como nuestras embarcaciones y precipitándose hacia nosotros. Hoy día, al recordar este suceso, me estremezco aún como entónces, pues creí que aquella terrible ola nos echaría irremisiblemente á pique.

»Afortunadamente pasó, deteniéndose aún largo tiempo en la embocadura del canal. Cuando al día siguiente envié un bote para sondear el canal, se vió que aún los sitios más someros de la embocadura tenían de 6 á 7 hilos de profundidad, y que las aguas, chocando violentamente unas con otras, entraban por un lado del golfo y salían otra vez por el extremo opuesto. Mas plúgole á Dios enviarme viento favorable, con lo que pudimos pasar felizmente el estrecho y llegar pronto á aguas más tranquilas. Por casualidad sacaron un poco de agua de mar y vimos que era dulce y potable en todo el golfo. Navegando en dirección Norte llegué, después de haber recorrido 26 leguas, á dos altos promontorios. El uno, situado al Oriente, pertenece á la isla Trinidad, y el que se encuentra hacia Occidente pertenece á tierra *García*. Entre ambos promontorios se encuentran los mismos torrentes é idéntico estruendo de las aguas, que son también, como allí, dulces y potables.»

Este segundo paso, aún más angosto que el primero, y en el que se ven algunos peñascos, fué bautizado por Colón con el nombre de Boca del Dragón; para huír de él dirigióse hacia la costa de Trinidad, situada enfrente, con el fin de buscar desde esta supuesta isla camino seguro para ir al golfo de los Caribes.

Habiendo trabado amistad con los salvajes que habitaban esta costa y que daban á su país el nombre de Paria, supieron que éste estaba muy poblado hacia Occidente. Cuanto más avanzaban en esta dirección confirmábase más y más tal aserto: las llanuras estaban bien cultivadas y producían, además de maiz, los más variados frutos. Los indígenas llevaban taparrabos de algodón de tan hermosos colores y dibujos, que vistos á cierta distancia parecían de seda.

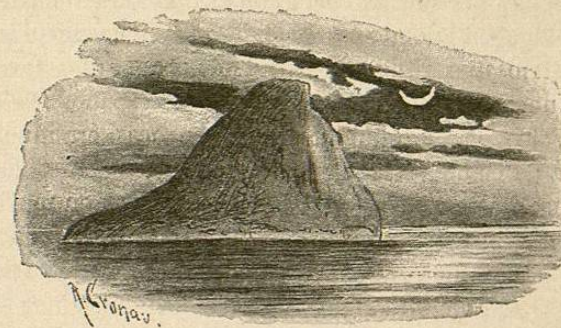
Pero lo que llenó de singular gozo á los españoles fué la circunstancia de ver que estos salvajes ostentaban adornos de oro y collares y brazaletes de perlas de gran valor. A las preguntas de los europeos contestaron que el oro le hallaban en los montes de la frontera Occidental del país, y las perlas las extraían de las conchas que abundaban en gran cantidad en la costa del Norte.

Grandes dificultades se opusieron á que penetrasen más hacia Occidente nuestros navegantes. Las aguas volvíanse cada vez más someras, el canal más estrecho, y una carabela enviada para reconocer aquellos sitios volvió con la noticia de que en aquella dirección no se hallaba salida, sino sólo la embocadura de algunos torrentes. Por lo tanto viéronse obligados

á retroceder y pasar por la temida Boca del Dragón, cuyo paso fué mejor de lo que creían gracias al favorable viento que reinaba.

Con mucha razón opinaba el almirante al decir que la isla Trinidad habría estado unida en otro tiempo á la tierra de *García*, y que había sido separada de ella merced á la impetuosa violencia de las corrientes de agua dulce venidas del Sur, y cuyo choque con las aguas del Océano producía aquellos terribles vórtices.

Después de pasar con toda felicidad la Boca del Dragón, dió la vuelta la escuadrilla al promontorio de tierra *García*, navegando desde entónces



Alta Vela
(Dibujada del natural por Rodolfo Cronau)

á lo largo de la costa Norte de la misma, pues Colón quería cerciorarse de la situación de los bancos de perlas y del origen de los poderosos torrentes de agua dulce.

Penetrando hasta la isla Margarita, hallaron solución al primer problema, encontrando en la isleta de Cubagua á algunos indios que se dedicaban á la pesca de perlas, y que de buen grado cambiaron gran número de éstas por chucherías de barro pintado, cascabelillos de cobre y otros objetos de escaso valor.

El segundo problema quedó sin resolver; es cierto que Colón dedujo de la extensión de la costa, que se dilataba tanto como podía abarcar la vista hacia Occidente mostrando altos peñascos á lo lejos, que aquella debía de ser la buscada tierra firme, puesto que una isla no podía tener tan grandes corrientes como aquellas á cuya embocadura habían llegado; pero aunque quiso profundizar más sobre este particular, no pudo hacerlo por impedírsele el malísimo estado de su salud. Nuevos ataques de fiebre acometíanle sin cesar, y sobre todo una enfermedad de la vista, ocasionada por las continuas vigiliias, obligó á suspender sus investigaciones y dirigirse á la Española, desde la cual pensaba enviar á su hermano Bartolomé para que prosiguiese el viaje.

Cortando el mar Caribe en sentido Noroeste llegaron en cinco días á la roca de Alta Vela y á la isla Beata, en la costa Meridional de la Española, á 50 leguas de distancia de la embocadura del río Ozama, á la que habían pretendido llegar. De tal modo había desviado á los barcos del logro de sus deseos la poderosa corriente que pasa por el mar Caribe.

Poco antes de regresar Colón á España, después de su segundo viaje á América, habían hallado al Mediodía de la Española los criaderos de oro de Hayna. Como éstos prometían un rendimiento extraordinario, había ordenado Colón por carta desde España á su hermano Bartolomé, que en la embocadura del Ozama, en las cercanías de las minas, fundase una ciudad. Bartolomé, siguiendo este mandato, había construído en la orilla izquierda del río una residencia bien fortificada, que llevó primero el nombre de Nueva Isabela y poco después el de Santo Domingo. Como dicha ciudad, situada sobre un alto banco de rocas, era mucho más sana que la colonia de Isabela situada al Norte, en la que tanto abundaban las fiebres, sus habitantes iban trasladándose cada vez en mayor número á la nueva colonia, que iba floreciendo al paso que decaía la antigua, por fin abandonada por completo, y que hoy día está tan cubierta de espesa maleza que apenas son visibles algunas huellas insignificantes de ella.

Colón esperaba reparar en Santo Domingo sus quebrantadas fuerzas, descansando de las fatigas del viaje; mas lo que le esperaba allí eran nuevos cuidados y penalidades.

Si bien es cierto que durante sus dos años de ausencia habían conseguido que reconociesen los caciques indígenas la soberanía española y pagasen el tributo, y habían establecido también nuevos fuertes, los españoles en cambio estaban tan descontentos, que al llegar Colón halló parte de ellos en completa rebeldía, desilusionados por haber encontrado en la Española, en vez de la feliz existencia soñada, una vida llena de trabajos. No sólo se habían visto obligados, para asegurar la tranquilidad de la colonia, á hacer algunos ejercicios y marchas desacostumbradas y fatigosas, sino que habían tenido que sufrir también privaciones y enfermedades. La circunstancia de haber experimentado en España gran retraso el envío de medicamentos y provisiones, unas veces por falta de dinero y otras por el poco celo de los empleados, fué causa de que en la colonia se acortasen las raciones, al extremo de tener á veces que luchar con el hambre.

Todas estas calamidades se las achacaban á Colón, al que culpaban de negligencia para con sus gentes que, seducidas por falsas apariencias, habíanle seguido voluntariamente á través de los mares hasta aquellos países. El hermano del almirante, el adelantado Bartolomé, era poco querido á causa del severo régimen que seguía, y las disposiciones que tomaba, no obstante ser hijas de la necesidad, eran miradas como caprichosas y

opresoras; los castigos que imponía antojábanseles crueldades de aquel desconocido genovés, al que sólo á la fuerza se sometía el orgullo español.

Cuando Bartolomé impuso la pena de muerte á uno de los españoles que se había hecho reo de un gran crimen, formóse una banda de conjurados con objeto de asesinar al aborrecido adelantado. A la cabeza de esta conspiración hallábase un tal Francisco Roldán, hombre que debía á Colón el elevado puesto de corregidor. Afortunadamente desapareció el motivo del proyectado asesinato por haber perdonado Bartolomé á última hora al reo.

A pesar de esto estalló la sublevación: guiados por Roldán, asaltaron los descontentos el almacén, proveyéronse de armas, y pusieron en tal estado las cosas, que Bartolomé Colón no tuvo más remedio que resignarse á ser sitiado por los rebeldes en el castillo de la Concepción. Estos indujeron también á los indígenas, no sólo á no pagar el tributo, sino á negar todo medio de subsistencia á los sitiados. Por fortuna para Bartolomé, llegaron á Santo Domingo dos barcos procedentes de España, que no sólo conducían provisiones, sino también tropas, con ayuda de las cuales rechazaron á los rebeldes hasta internarlos en el territorio de Xaragua, donde se entregaron á una vida desesperada, consiguiendo un notable refuerzo por haber alcanzado Roldán el que parte de la tripulación de las tres carabelas enviadas delante por Colón, y que habían tomado tierra casualmente en Xaragua, se pasase á sus filas.

Así estaban las cosas cuando Cristóbal Colón, fatigado de cuerpo y espíritu, y además medio ciego, llegó á Santo Domingo.

Donde esperaba hallar orden halló rebelión, y en vez de progresos se notaba retroceso por todas partes. A causa de las continuas agitaciones estaban abandonadas las minas y los campos, y los indígenas que se habían refugiado en los bosques y montañas habíanse vuelto completamente intratables.

Colón comprendió en seguida que nada alcanzaría por la fuerza, puesto que el partido de Roldán era más poderoso que el suyo. Decidióse por lo tanto á dirigir una atenta carta á Roldán, en la que se mostraba dispuesto á hacer las paces sin volver á hablar de los sucesos ocurridos; decía también que estaba dispuesto á conceder á los descontentos permiso para regresar á España en uno de los barcos que iban á hacerse á la vela.

Ni la carta ni la oferta hicieron impresión alguna en el ánimo de los rebeldes, que comprendían perfectamente la debilidad del almirante, y éste tuvo que enviar á España los barcos sin la noticia de haberse restablecido el orden. En un escrito que llevaba uno de éstos exponía Colón que el motivo de las disidencias tenía su germen en la mala administración del

Oficio de Indias en lo concerniente al envío de provisiones, pues la colonia sólo necesitaba una acertada y constante administración. Que para allanar todas las irregularidades era necesaria la presencia de un hombre inteligente que hiciera las veces de juez en todas las cuestiones.

Mas este escrito iba acompañado de otro de los rebeldes á la Corte para justificar su proceder. En él acusaban al hermano de Colón, y también á éste, de haber ejercido la más cruel de las opresiones, y decían que los sucesos ocurridos habían sido motivados por el despotismo de los genoveses, que miraban más por sus intereses que por los de los Reyes. Pintaban el estado de la colonia y á los que tenían la culpa de ello con los más negros colores, dando con esto nuevo alimento á las corrientes, cada vez más poderosas, contrarias á Colón y á sus hermanos; así es que sucedió lo que decía Colón en una carta dirigida á los monarcas, presintiendo lo que le ocurriría, y que era: que así como la gota constante horada la piedra, del mismo modo las repetidas acusaciones contra su persona harían mella en el ánimo de los Reyes predisponiéndolos en contra suya y de sus planes.

Como el estado de la colonia hacía que fuera la paz de imprescindible necesidad, trató Colón de entablar nuevas negociaciones con los rebeldes. Largo tiempo estuvieron fluctuando éstos entre unas y otras, viéndose al fin precisado Colón por la fuerza de los acontecimientos á aceptar las condiciones impuestas por los contrarios. Por ellas no sólo fué repuesto Roldán en su cargo de corregidor, sino que recibió además, en unión de sus compañeros, á los que se había concedido completo perdón, considerables donaciones de terrenos, así como la seguridad de que se les pagarían todos los atrasos de su sueldo. En el caso de no cumplirse puntualmente esta última condición, tenían derecho los rebeldes á reclamarlo por la fuerza ó á agenciárselo del modo que creyesen más conveniente.

Sólo la crítica situación por que atravesaba la colonia pudo inducir á Colón á firmar tan vergonzoso contrato, como lo hizo á bordo de uno de los barcos. En un nuevo escrito dirigido á los soberanos decía que no había necesidad de cumplirle, puesto que se trataba de amotinados que, conociendo su desamparada situación, se lo habían arrancado por la fuerza. Que era además nulo por haberlo firmado á bordo de un barco, pues para ser válido necesitaba haber sido firmado en tierra y como virrey. Que por este contrato no se abstuviesen de juzgar á los rebeldes, que eran bandidos y reos de alta traición, castigándoles ejemplarmente como se merecían.

Apenas había sido vencida la rebelión por este medio, cuando se vieron nuevamente envueltos en pendencias y revueltas belicosas relacionadas con los viajes de exploración de Ojeda. A éstas siguieron conjuraciones de otra índole, por las que se vió obligado Colón á castigar con la muerte á los promovedores de ellas.

La noticia de este castigo llegó á España suministrando nuevos medios á los enemigos del almirante, á los que se habían unido un número de rebeldes venidos de América, para nuevas acusaciones contra él. Decían que Colón no sólo detenía sin derecho alguno la parte de los productos de las minas de oro que correspondía á la corona, sino que trataba de poner la fuerza de su lado para declararse soberano absoluto de los países por él descubiertos.

La primitiva benevolencia que dispensaban los monarcas á Colón, que tan favorable opinión les merecía, fué poco á poco amenguándose, gracias á las siempre renovadas acusaciones contra éste, que llegaban á oído de los reyes, y principalmente á causa de que las arcas reales, vacías por los gastos de la guerra con Francia, y que pensaban llenar con los tesoros de los países descubiertos, en vez de esto tenían que adelantar continuamente fondos para el sostenimiento de las colonias y para los costosos preparativos de nuevas expediciones.

En vez de los seguros montes de oro que veían en lontananza, sólo transportaban los barcos cargas de esclavos indios, que se vendían en el mercado de Sevilla para llevar algún dinero al tesoro público.

Todas estas amargas decepciones sembraron la duda en el ánimo de los reyes. Si el rey Fernando nunca había tenido simpatía por Colón, á la calurosa protectora del genovés y verdadero apoyo de la expedición á la India, la reina Isabel, impresionábase desagradablemente que Colón, no sólo mandara repetidamente barcos con cargas de indios, sino que solicitara con frecuencia el permiso de poder utilizar como esclavos á éstos.

Cuando al interrogar á algunos rebeldes vueltos á España sobre la procedencia de un número de mujeres indias que traían consigo, le contestaron habérselas regalado el almirante, la excelsa soberana, herida en su generoso corazón, exclamó indignada: «¿Qué facultades posee el almirante para regalar á mis súbditos?» Y al punto ordenó que todos los indios que habían sido traídos á España y vendidos como esclavos fuesen puestos en libertad y conducidos á la Española.

Convencidos de que con aquella embrollada administración caminaba á su completa ruina la colonia, se decidieron los reyes á enviar á Santo Domingo una persona destinada, no sólo á reconocer el actual estado de ésta, sino á juzgar todas las cuestiones.

Si bien esta resolución correspondía completamente á los repetidos deseos expresados por el almirante, cometieron un lamentable error los soberanos en la elección de persona y poderes que le confiaron.

Francisco Bobadilla, que era el elegido, estaba considerado por algunos de sus contemporáneos como hombre de pasiones violentas, ambicioso y rencoroso, y por lo tanto poco á propósito para una misión tan deli-